

Los Cristianos en la Política

Informe Gabriel Pereyra
y Hugo Mamani

Fotos de Alejandro Rossi

Del 30 de julio al 3 de agosto de 2007, en Córdoba, se realizó el 16 Encuentro de Reflexión Mons. Angelelli, en el marco del 31 aniversario del martirio de Mons. Angelelli.

El encuentro propuso este año debatir sobre la **responsabilidad laical en la política**, con la presencia de asesores invitados y unos trescientos participantes de la ciudad de Córdoba y otras provincias del país.

El 30 de julio **Luis Baronetto** inauguró las exposiciones con el tema **Los laicos en la política**, a continuación el periodista **Horacio Verbitsky** presentó su último libro titulado "Cristo Vence", que reúne en una primera etapa la historia política de la Iglesia en Argentina.

El 31 de julio el tema abordado fue los **Movimientos sociales y su relación con la política**, con las reflexiones de **Gustavo Morello**, investigador de la Universidad Católica de Córdoba y **Néstor Miguez**, teólogo y biblista del ISEDET de Buenos Aires.

El 1 de agosto se debatió sobre la **Articulación y construcción política**, con la presencia de **Víctor De Gennaro**, secretario de Relaciones Institucionales de la CTA Nacional y de **Carlos Di Marco**, de la Pastoral Social de la diócesis de Iguazú, Misiones.

Finalmente el jueves 2 de agosto se trabajó con un panel sobre las **Experiencias políticas en la gestión del Estado**, con los testimonios de **Luis Baronetto**, Secretario de Derechos Humanos de la Municipalidad de Córdoba, **Delfor Brizuela**, presidente del Consejo Provincial de Políticas Sociales de La Rioja, **Omar Isern**, subsecretario de Economía Solidaria de Rosario y **José Luis Gaiteri**, también de Rosario. El viernes 3 de agosto se clausuró la semana con una celebración eucarística en la **Iglesia del Pilar** y con la **Peña Solidaria Angelelli** en el **Club Hindú** con la participación de músicos populares como **Lisandro Ponzetti**, **Bajo Perfil**, el grupo de danza **Casuarina**, **Cosa de Duendes** y **Ancha Banda** entre otros.

El domingo 5 una delegación de cordobeses peregrinaron a Punta de Los Llanos, para compartir los actos de homenaje a Mons. Angelelli en La Rioja.



Verbitsky y Baronetto en la apertura del 16 Encuentro Angelelli.

Los Laicos en la Política

Luis Miguel Baronetto

Elegimos esta temática para contribuir al debate de nuestras obligaciones en el marco de la escena política que nos toca afrontar a los argentinos en este año electoral. Y cabe aclarar, para las voces críticas que siempre aparecen en estas circunstancias, que de ninguna manera significa utilizar bastardamente la figura y el testimonio de Mons. Angelelli para acarrear agua a algún molino político. Se trata simplemente, siguiendo el mismo impulso al compromiso que Angelelli alentaba, de aprovechar la convocatoria en torno al 31 aniversario de su martirio para una reflexión actual que desde el Centro Tiempo latinoamericano siempre hemos considerado inevitable y necesaria, como responsabilidad laical.

La reflexión de esta semana apunta a proporcionarnos herramientas para hacer realidad un compromiso político, que reconoce una motivación en los valores del evangelio, conformando un universo ético que tensionará permanentemente, no sin dificultades y contradicciones, la práctica política. Queremos superar esa tendencia propia de nuestra idiosincrasia cristiana de quedarnos en la teoría desencarnada, que tranquiliza nuestra conciencia, pero resulta ineficaz para la transformación de la realidad.

Esta ineficacia política de los laicos reconoce como una de sus causas la permanente **dependencia clerical**, que anula o desconoce las iniciativas específicas del "mundo", el que tiene sus

propias lógicas y dinámicas. El esquema jerárquico, autoritario y verticalista de la iglesia católica, al asimilarse al esquema administrativo y político de las monarquías, conformó un modo de ser cristiano, aplicable y aplicado tanto dentro como fuera de sus estructuras.

De allí el **infantilismo laical** todavía difícil de superar, porque estas concepciones tan encarnadas están presentes sin cuestionamientos en las prácticas del cristianismo tradicionalista; pero también en el cristianismo renovador. Basta con analizar por dentro los procesos del **cristianismo de liberación**, donde el mesianismo coexiste con un clericalismo "de izquierda", poco amigo de prácticas democráticas en el seno de las propias comunidades de base.

Aunque no en forma masiva, sin duda existen hoy nuevas prácticas más horizontales y democráticas, probablemente más cercanas a las prácticas del cristianismo primitivo, en cuanto a reflexión compartida y decisiones participadas. Hay que reconocer aquí el avance derivado de las reflexiones conciliares. En efecto, el **Concilio Ecuménico Vaticano II** otorgó a los laicos un status de mayor adultez superando el concepto de "simple brazo extendido de la jerarquía eclesiástica". Al hablar de la iglesia como pueblo de Dios, a los laicos se le dio su lugar y se le reconocieron funciones propias. Aunque **Laicos** - bueno es recordarlo - viene de "**laos**", que en griego es pueblo multitud, diríamos: el común, "la gente", el "populacho", los de abajo. A diferencia de "demos", que es el pueblo libre, no esclavo; varón, no mujer; urbano, no campesino.

Nuestra reflexión se hace desde una situación y un lugar concreto: el rol laical desde la inspiración cristiana que ha motivado muchas opciones. Y reconociendo además una pertenencia simbólico-cultural a la iglesia católica, por orígenes personales, circunstancias familiares, situaciones especiales y contextos sociales. Desde ese lugar intentamos hacer **opciones políticas concretas**, con todo lo que ello implica. Opciones que necesariamente son partidarias, porque abarcan una parte de la realidad, expresando intereses de una parcialidad. Y por lo

tanto contradictorias con lo "católico", que es lo universal, lo total. En esa práctica política se han debido vencer - o intentar al menos - los condicionamientos fundamentalmente eclesiásticos del momento. Quizás no se trataba de condicionamientos explícitos, pero la práctica del **clericalismo** no sólo era - y es - atribuible al ejercicio de la dependencia clerical, propia del carácter jerárquico de la iglesia, y a su cosmovisión de cristiandad, donde todo (lo sagrado y lo profano) debe ser santificado por la palabra rectora de la Tradición o el Magisterio. Esto que todavía funciona en el tradicionalismo católico y busca restaurarse en el actual pontificado de Benedicto XVI, también fue una práctica de los sectores eclesiales renovadores, que trataron de plasmar la letra del Concilio. Allí también se reveló un esquema cultural y una práctica clericalista. A título de ejemplo, en los inicios del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, en Córdoba, el clero participante negó la posibilidad de integración de los laicos al movimiento, en una asamblea realizada en la Parroquia de Bella Vista. En forma explícita se optó por darle el perfil exclusivamente sacerdotal. Más allá de algunas prácticas particulares, este carácter, que no está desligado de la estructura mental verticalista, con conciencia de posesión de la verdad, se reflejó en conductas y posturas mesiánicas, en muchos casos, absolutas y dualistas. Este **clericalismo**, sin embargo, tampoco es un vicio exclusivo de los clérigos. Tanto ha penetrado en la conciencia del laicado católico, que resulta lo "natural" y lo "lógico".

Esta observación crítica no pretende descalificar ni desconocer los aportes del **cristianismo de liberación**, aún con esta visión, que por otra parte no se diferenció mucho de las provenientes de otras vertientes del pensamiento revolucionario, con fuertes rasgos de dogmatismo. Hacemos referencia a ella, porque todavía sigue vigente el esquema intelectual que la sustenta, aunque las condiciones sean diferentes. Y no se trata de una simple cuestión metodológica: la **autonomía laical** es parte del proceso de construcción del sujeto histórico. Sin autonomía y conciencia del propio poder es imposible avanzar en





una construcción política al servicio de la vida de los pobres. Lamentablemente no es demasiado lo que se ha avanzado en la autonomía laical, fundamentalmente a la hora de asumir los propios espacios en el ámbito ciudadano y específicamente en las opciones políticas. Esta realidad tiene en Argentina una historia que podríamos resumir en tres momentos:

El laicado liberal: La dependencia clerical de los católicos de la generación del 80, como Estrada, Pizarro, Lamarca, Achával Rodríguez, etc., que se lanzaron a disputar espacios institucionales del poder político, como parte de su militancia católica, alentados por la jerarquía del momento, cuya expresión máxima, el Arzobispo Aneiros, de Buenos Aires, también ocupó un diputación en el Congreso. Las intervenciones en la política de este período estuvieron orientadas a la preservación del poder social de la institución eclesiástica, en la lucha ante los avances del liberalismo ideológico.

El laicado posinmigratorio: No varió el esquema ideológico entre las posturas de los diferentes sectores eclesiásticos, pero se diversificó la conducta política: algunos más cercanos al modelo democrático liberal, que luego, a inspiración de tendencias europeas, impulsarán la formación de la democracia cristiana; y otros más próximos a modelos verticalistas, que con participación del nuevo laicado posinmigratorio, desde la máxima jerarquía, avalarán la llegada de Perón al gobierno en 1945.

El laicado posconciliar: Fue nuestra experiencia, a partir de los documentos de Medellín, a nivel latinoamericano, y San Miguel, a nivel argentino. Avanzamos en la conciencia de la responsabilidad laical, pero con condicionamientos ideológicos, que en la práctica concreta significó imposibilidad de encontrar mejores instrumentos para una política popular eficaz en la realización de los cambios sociales buscados. Sin embargo esta opción, en la que subsistió un esquema de pensamiento clericalista, no sólo no contó con el apoyo de la institución eclesiástica, sino que fue duramente combatida y perseguida internamente, además de ser señalada externamente para su aniquilamiento. Se experimentó una clara sensación de abandono institucional. La jerarquía no se equivocó. Porque más allá de la conciencia clericalista, el laicado posconciliar procuró poner en el centro de su militancia no la acumulación de poder para la institución eclesiástica a partir de su identidad católico-cristiana, sino que asumiendo los criterios éticos fundamentales del evangelio puso en el centro de la escena la vida de los pobres y su dignidad.

Es en este lugar donde nos ubicamos. Desde allí queremos reflexionar sobre **el rol de los laicos en la política concreta**, en base a la realidad social, cultural y económica, que nos toca vivir. Conciliando en lo conciliable postulados ideológicos con respuestas políticas, convicciones éticas con prácticas de gestión del estado; y desmitificando todo aquello que arrastramos como verdades absolutas que son propias de las experiencias de fe, pero impropias e ineficaces para el compromiso político de transformación social.

No hay política con mayúscula y política con minúscula. Quienes huyen del compromiso político concreto pergeñaron la frase de la "política con mayúscula", la que nada tiene que ver con la "mugre" de la política cotidiana, que sería la política con minúscula. Supuestamente la política con mayúscula tiene que ver con los grandes postulados, los proyectos totalizadores, las ideas rectoras, etc., que los actores de la política con minúscula deberían tener en cuenta para hacer política con mayúscula. Se está diciendo con esto que existirían dos niveles de la política. La que realizan los incontaminados, que es la política con mayúscula. Y la que practican los pecadores y corruptos, que es la política común. Los que plantean esta falsa antinomia esconden la evasión a la acción política concreta para producir los cambios sociales, quedándose en una postulación abstracta, tranquilizadora de la propia conciencia individual y reveladora de un falso purismo. Como no puede ser con mayúscula y minúscula al mismo tiempo, hay que afirmar que la política es una sola. O quizás quede mejor expresado, diciendo que la política es la acción que plasma en la realidad los valores, las ideas, los proyectos, los criterios éticos, destinados a elevar la calidad de vida de los ciudadanos. Sintéticamente, la política es la constructora de ciudadanía. Pero aceptando transitoriamente la dualidad lingüística que negamos, podríamos concluir diciendo que no hay política con mayúscula sin política con minúscula. Y al mismo tiempo no hay política con minúscula sin política con mayúscula. La pseudo política con mayúscula resulta ineficaz, porque niega la razón de ser de la política que es la acción transformadora de la realidad. Lo que sería peyorativamente denominado como "política con minúscula", si bien incluye la acción concreta, diluye su razón de ser si pierde el horizonte ético, porque tampoco sirve para elevar la calidad de vida de la gente. Y desvirtúa la finalidad de la política, cayendo en la corrupción de utilizar en beneficio personal un instrumento destinado a resolver el problema colectivo.

Movimientos sociales y política

Gustavo Morello

Voy a proponer tres postulados para el debate:

Creo que el sistema político está en una crisis terminal, y no creo que esta crisis tenga que ver con la forma oriental de oportunidades. Creo que es terminal, que el sistema político está acabado. Es una crisis que va a terminar con la forma que nosotros conocemos de participación política. Mi preocupación también es que el colapso y caída del sistema político implica casi de un modo inexorable un riesgo de desilusión social. Desilusión en tanto desesperanza y en tanto desintegración social con un correlato de violencia y de pobreza que me parecen alarmantes.

El segundo postulado vinculado a los movimientos sociales, es que creo que los movimientos sociales son la oportunidad de ir armando otra cosa para cuando el sistema político caiga.

Creo que los nuevos movimientos sociales pueden ser la construcción de nuevas formas de relaciones sociales, de nuevas formas de vincularnos con otros que defiendan a las personas y que nos brinden cierto bienestar. Yo creo que esta construcción que se puede ir haciendo y de la cual muchos de ustedes participan, no nos va a dejar a la intemperie cuando el otro sistema caiga.

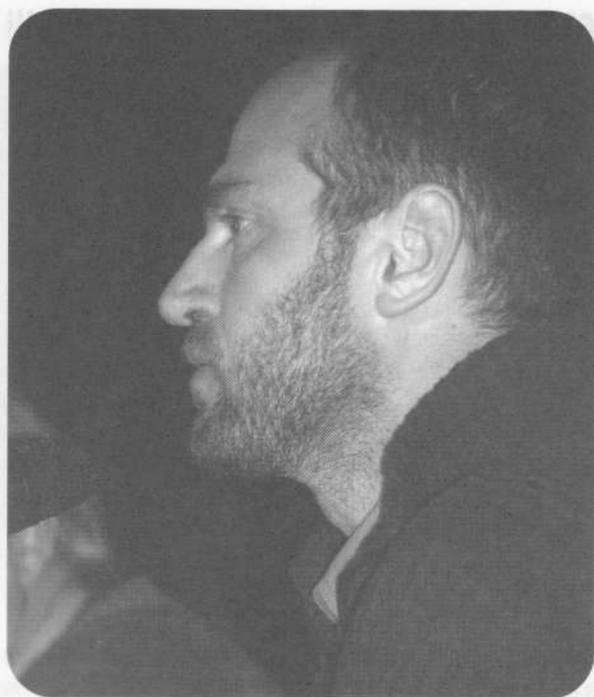
El tercer postulado es el que tiene que ver con la fe. Creo que las creencias pueden inspirar nuevas formas de relaciones sociales, la fe puede inspirar nuevas formas de vincularnos con otros. Siempre y cuando las creencias y las iglesias respeten la libertad personal, la secularización de la historia y la autonomía comunitaria.

La primera cuestión es la crisis del sistema político. Creo que no hay ideas políticas, creo que no hay un debate de fondo, sobre lo que se quiere o no se quiere hacer. Hay perspectivas, hay diferentes aportes de partidos, pero en el fondo la multiformidad de alianzas, la capacidad de conformar listas que parecían imposibles nos muestran, que la preocupación más importante del sistema político es gestionar y gestionar más o menos bien y para eso digo brutaemente, asegurar "caja".

Otra característica de esta crisis es que no hay partidos. Hay sellos políticos, no hay locales en los barrios que duren dos meses después de una elección.

No existe el partido como un canalizador de inquietudes sociales, no son vías de reclamos los partidos políticos. Si la gente no sale a cortar una avenida principal por el barrio, no hay otra forma de canalizar esta protesta. Los partidos políticos no articulan la demanda social hacia los órganos que la tienen que resolver. No hay una preocupación por la problemática aborigen, o ecológica, o por los problemas de género en los partidos políticos. Los partidos políticos no se ocupan de esas cosas, esos reclamos no se pueden canalizar a través de la política.

Creo también que no hay vida interna en los partidos, hay internas. No hay militancia, hay caudillismos y matices ideológicos. No estoy haciendo juicios de valor, estoy tratando de describir. En todo caso el partido político se llama así porque es una parte del espectro político, pero esto no existe más. Los partidos políticos no representan necesariamente partes del espectro político y también creo que hay una crisis seria de lideraz-



go. Hay algunos líderes pero en general el sistema abreva de otras fuentes. El sistema busca líderes, busca gente en otros lados, en la iglesia, en el deporte, las religiones, las organizaciones sociales, no en la vida interna del partido.

Y esta crisis se da en un marco de crisis de modernidad estructural que nos excede. Estamos hablando más allá de lo que nos pasa a nosotros como sociedad, hablamos de una crisis en un contexto supra comunitario.

Las religiones creo que dan tres respuestas, una respuesta integrista de la que no voy a hablar. Una respuesta posmoderna, que es lo que tiene que ver con la privatización de lo religioso, eventualmente lo público en la religión se limita a algo folclórico, pero que no tiene que ver con una transformación.

Y una respuesta promoderna o que de alguna manera trata de asistir a esta crisis, que me parece que es importante y que es la de asumir la institucionalidad y tratar de mejorarla o corregirla a través de la participación. Acá hay un rol para los nuevos movimientos sociales y para la religión.

Primero, los movimientos y las religiones proveen de líderes al sistema político. Lo hemos visto en la conformación de experiencias políticas, una provisión de liderazgos, que en el caso que estamos tratando acá tiene que ver con la religión.

También los movimientos sociales proveen de causas al sistema político. No hubo partidos políticos en Gualeguaychú, fue la gente la que se tuvo que movilizar y eventualmente los candidatos asumen esta problemática ecológica, pero el problema ecológico no es problema de agenda en los partidos políticos en Argentina.

También creo que otro rol de los movimientos sociales ha sido proveer agenda muchas veces a los partidos políticos y un tercer rol de las iglesias, de los movimientos sociales, es el de la subsidiariedad. De alguna manera las asociaciones de atención básica, como Cáritas o los comedores, al contener la crisis, tienen que ver con algún tipo de participación o de una forma de inserción de lo religioso y de los movimientos sociales en este esquema de crisis política.

16° Encuentro de Reflexión Angelelli

Esta perspectiva asume el diálogo fe y política, como un diálogo institucional. Es decir, desde la institución religiosa dialogamos con la institución estado y tratamos de mejorar y me parece que es una posibilidad valiosa, es una forma de inserción válida.

Dónde se está jugando un poco más el rol de los nuevos movimientos sociales? Creo que nuestro ordenamiento institucional, es decir lo que es el estado, no el gobierno, donde está el andamiaje de leyes y organismos, lo que se supone que significa el ordenamiento jurídico de nuestro país, es ajeno, que no tiene que ver con nosotros. Creo que hay una falla básica en nuestro sistema político, es un sistema político que no es nuestro. Para decirlo claro ocurre como en la época de la colonia, hay una incapacidad de hacer coincidir las leyes con la realidad. En la época de la colonia venían leyes que no se podían cumplir, pero en vez de cambiar la ley porque venía del Rey, se la acataba pero no se la obedecía. Ahí nos quedó una estrategia de supervivencia, a veces por la dominación o porque no se podía otra cosa, y como una forma de seguir viviendo copiamos leyes o asumimos instituciones que no nos representan.

Un punto clave en esto es la forma de encarar la pobreza, cómo ayudamos, cómo enfrentamos como sociedad el problema de la pobreza. Suponemos que la pobreza es marginal, ésta es la gran suposición del ordenamiento jurídico argentino, hay planes de pobreza, hay planes de promoción. Se supone que la pobreza en América Latina es marginal, que la sociedad está funcionando más o menos bien y que hay cosas que atender, cuando en realidad el 70% de la población en nuestro continente es pobre.

El estado, nuestro sistema institucional, se arma sobre la base de la propiedad privada de los individuos. Las teorías del estado moderno, estado que nosotros reproducimos, se arma sobre esa base. Yo creo que esta falla va mostrando los problemas estructurales que tiene nuestra legalidad, nuestra institucionalidad. Entonces me parece que parte de la crisis del sistema político tiene que ver con esta crisis del sistema que estamos viviendo porque no es un sistema nuestro. Creo que una nueva institucionalidad que reconozca nuestra realidad es necesaria y eso no se construye desde arriba, sino desde abajo, desde nuevas relaciones sociales. Entonces es ahí donde creo que hay un rol muy importante y más en perspectiva de los nuevos movimientos sociales, que es ser justamente eso, nuevas formas de relaciones sociales, el regeneramiento o la creación de un sistema social que termine plasmando otra legalidad.

Cuál sería el rol de la fe en este escenario que planteo?

La fe tiene algo que decir, los que creemos en Jesús creemos que tiene algo para decirnos en el evangelio sobre las formas de cómo vivir con los demás. Esta es una convicción que no la puedo probar académicamente, pero creo que es así. Pero no puede jugar el mismo rol que jugó antes, o no lo puede hacer de la misma manera que lo hizo antes. Concretamente la fe no puede sobrepasar cosas que se han conquistado, por ejemplo la fe no puede volver a la edad media, que sería la respuesta de la propuesta integrista. No podemos negar los logros que la modernidad cultural ha tenido, si hablamos de derechos huma-

nos, que son profundamente evangélicos, la implementación real de los derechos humanos no fue un logro de la fe, fue un logro de la modernidad, que sean evangélicos es otra cosa. Fue necesario que se terminara el régimen de cristiandad, que se acaben esos dominios de las instituciones religiosas sobre el estado, para que surjan valores como estos.

La religión puede aportar a la construcción social. En el caso de la iglesia católica, si los católicos asumimos que la fe es algo íntimo, personal, pero que no es privado. Significa que si no es privado en algún punto tiene un impacto social. Por ejemplo si yo requiero la libertad de conciencia para vivir mi fe personalmente, esta libertad de conciencia en algún momento tiene un impacto social: quiero para todos la libertad de conciencia, mi convicción personal tiene un impacto en un reclamo social. Pero, evidentemente, en el caso de la libertad de conciencia, el reclamo de una religión va a ser legítimo si la asume como libertad de conciencia del creyente y no sólo de la institución. La libertad de conciencia no puede ser sólo un reclamo de la iglesia frente al estado para tener subvención en la escuela católica, también tiene que ser un derecho del creyente frente a la institución eclesial, sino es un poco contradictorio lo que se está planteando.

El otro tema que hay que aceptar también es la secularización de la historia, esto es que no hay tiempos históricos privilegiados, no hay un pasado mítico, fantástico al cual volver, ni hay un dominio de una idea política o económica sobre el final de la historia. La historia es lo que la comunidad construye. Secularizar la historia ha sido para la modernidad sacarla del dominio de la Iglesia. En este momento para nosotros, como creyentes, secularizar la historia es decir que el futuro no está en manos de un plan económico o una propuesta política solamente. El futuro es lo que la comunidad construye, no una ideología que viene de afuera; en tal caso es una propuesta que la comunidad quiere hacer en términos de política o economía, pero la historia es el tiempo que vive la comunidad o lo que la comunidad puede construir. Las comunidades son fruto de consensos históricos. Son el fruto de lo que podemos hacer juntos y esto también implica un riesgo, el riesgo que el consenso se rompa, porque no es un consenso que viene de la época primitiva, de los tiempos originarios, de un futuro ideal, es de algo que se construye acá.

El tercer punto que le requeriría a una religión que quiera participar en la construcción de este nuevo tejido social, es que esta religión asuma que se vive autónomamente. Es decir que las comunidades de personas autónomas de cualquier autoridad externa independiente, libres de cualquier autoridad externa, son las que deciden su camino de realización social.

En síntesis, **creo que el sistema político está en una crisis irrecuperable, que los nuevos movimientos sociales son una forma de canalizar esas nuevas relaciones sociales que pueden construir, que pueden encontrar una nueva forma de vivir con otros.**

Creo que la fe puede aportar estos valores evangélicos, el valor de la vida y la libertad, por ejemplo; si es asumida por creyentes que participan de este respeto a la libertad de las personas, ese respeto a las conciencias y la conciencia de que la comunidad es el fruto de una construcción histórica.

Movimientos sociales y política

Néstor Miguez

Voy a arrancar con una pequeña anécdota. Hace dos años en un encuentro nos pusimos a conversar con un amigo uruguayo teólogo, que debido a situaciones políticas tuvo que exiliarse en Europa; conversando me decía que le resultaba inexplicable lo que había pasado en Argentina el 19 y 20 de diciembre del 2001. Cómo lo que se vivió tan rápidamente se había diluido y apenas unos meses después aceptábamos a Duhalde en el gobierno. Qué había pasado con esa revolución? Donde en todos los barrios y todos los lugares se formaron asambleas populares, donde había habido tomas de fabricas y fabricas autogestionadas. Donde se había desconocido con aclamación la deuda ilegal y que poco a poco todo eso, en poquito tiempo todo eso, se había ido revirtiendo y habíamos vuelto a una normalidad. Donde los que "se vayan todos", terminaron volviendo casi todos. Él me decía, cómo puede ser una situación así? Que visto desde afuera, todo lo que hemos visto en la televisión, de los noticieros, de los piquetes en las calles de clase media y clase baja participando conjuntamente y que se yo tan rápidamente se haya diluido esa posibilidad.

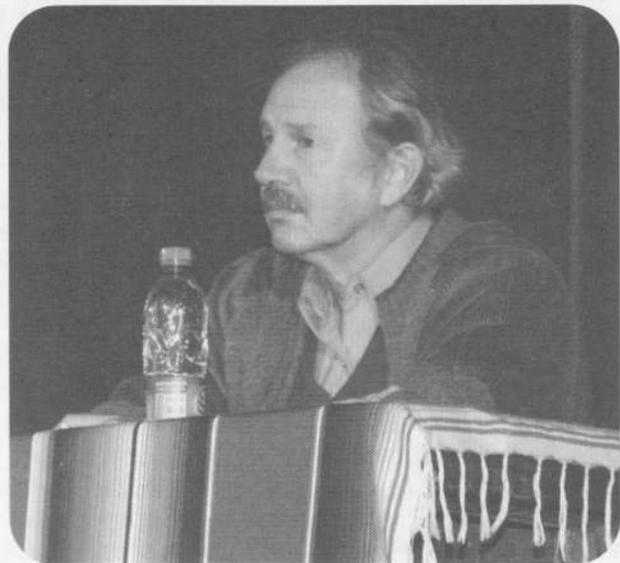
Yo no traté de explicarle, creo que todavía hoy no lo puedo explicar. Creo que algunas cosas sí y otras no, pero me planteó dos temas de los muchos que tienen que ver con movimientos sociales y movimientos políticos y su vinculación con lo teológico quisiera compartir con ustedes: es el problema de los modos de participación en el poder y el problema de los tiempos.

Me parece que son dos temas particularmente decisivos cuando nos planteamos la acción política. Los tiempos políticos transcurren dentro de lo que yo llamaría, no inventé yo el término, los **tiempos normales**.

Los tiempos normales son los tiempos de la hegemonía, son los tiempos donde los poderes, como están constituidos, logran imponer sus propias dinámicas, leyes, la legalidad de los juegos. Vivimos normalmente los tiempos políticos así. Cuando uno mira la historia de la humanidad y ve cómo se ha ido desarrollando la historia de la humanidad se da cuenta que a lo largo de estos milenios en los que tenemos conciencia, lo que ha predominado han sido justamente las configuraciones de poder relativamente estables por siglos. Por eso hablo de tiempos normales. Los tiempos donde se han producido cambios significativos, donde se han alterado las relaciones entre poder y pueblo, para decirlo en una dicotomía que podamos entender, son pocos, transitorios.

Pensemos la revolución Rusa... 50 años, la Sandinista mucho menos. Pensemos la revolución China y lo que está viviendo China hoy. Pensemos en la revolución Cubana, que dura más en el tiempo, sin embargo en estos días Raúl Castro hizo un discurso autocritico muy fuerte con respecto a los logros y a la burocratización de la revolución cubana.

Aún en aquellos lugares donde podemos ver eventuales triunfos, digamos así, triunfos necesarios del pueblo frente a las



articulaciones del poder político, militar y económico. Estos tienen una duración limitada en el tiempo y luego poco a poco se vuelve a los tiempos normales.

Yo llamo con una palabra, que no la inventé yo, la usó Vitín hace un tiempo, anduve buscando sus orígenes y todavía no la pude encontrar bien. Pero he visto que en varios lugares empieza a usarse, y hablo de los **tiempos laocráticos**, es decir donde aparece la expresión brutal de pueblo real. Donde aparece la necesidad plasmada casi sin mediaciones políticas. Estos tiempos laocráticos, estos tiempos donde la fuerza del pueblo común, y uso la palabra común para aclarar el origen del término. En la tradición hablamos de lo democrático, como el gobierno del pueblo. Sin embargo democrático tiene que ver con cierto sector del pueblo que ejerce ciertos poderes de ciudadanía, pero desconoce el poder o la realidad de un pueblo que ni siquiera tiene derecho de ciudadanía o que los tiene nominalmente, pero que no los puede ejercer libremente.

Entonces esto que en la Biblia se llama laos, que significa estrictamente los que quedaron afuera, de repente esta marginalidad, este 70% de marginales, ocupa la escena, impone sus demandas, realiza su presencia. Pero los poderes normales poco a poco van retomando su dinámica. Lo positivo que puede quedar es lograr dinamizar esos poderes normales a través de estos movimientos, de manera que cuando vuelvan a configurarse ya no vuelvan a configurarse de la misma manera teniendo que asumir parcialmente esos poderes laocráticos. Se puede discutir mucho sobre esto pero evidentemente el neoliberalismo más brutal no pudo volver de la misma forma después de los hechos de diciembre del 2001 y enero del 2002. Han vuelto algunas cosas, pero otras han quedado como plasmadas en el ideario de que tienen que modificarse. Estos atisbos laocráticos, algunos lo llaman de populismo, mi preocupación no es que nuestras democracias sean populistas sino que no lo son lo suficiente.

Vengo de algunos encuentros donde justamente lo que se critica son los gobiernos populistas, a pesar de que han llegado por vías democráticas, no por lo que tienen de populistas sino por lo que tienen de antineoliberales. Este es el problema. El

16º Encuentro de Reflexión Angelelli

problema es que son populistas, no al gusto de otros, porque nadie se queja de las demagogias populistas de ciertos gobiernos de derecha.

Para mostrar un elemento teológico, suelo ilustrarlo con un momento del evangelio de san Marcos que pone lado a lado dos episodios aparentemente muy distintos pero que en el fondo marcan este contraste. Que es por un lado la muerte de Juan el Bautista e inmediatamente después aparece la alimentación de Jesús a los cinco mil, a la orilla del mar de Galilea. Recordemos brevemente el episodio: Herodes celebra en su palacio una fiesta para su cumpleaños rodeado de sus acólitos, de los jefes militares romanos, su hijastra que es a la vez su sobrina hace una hermosa danza, él le promete lo que sea y ella le pide la cabeza de Juan el Bautista. Flavio Josefo, un historiador de la época, va más directo y dice que Herodes lo mandó matar a Juan el Bautista porque tenía arrastre popular y Herodes tenía miedo de que eso terminara en una sublevación. Básicamente se decapita la voz popular. Inmediatamente el evangelio cuenta que Jesús se quiso retirar para descansar, pero la gente se dio cuenta, lo rodeó y Jesús sintió compasión porque los vio como ovejas sin pastor. Entonces se puso a enseñarles y se hizo la noche. Entonces los discípulos les dijeron, hacé que esta gente se vaya porque no tenemos cómo contenerla, que vayan y compren pan en las aldeas. Y Jesús les dice no, le vamos a dar de comer nosotros. Maestro no tenemos acá nada más que dos peces y cinco panes... qué hacemos? Jesús les dice hagan que la multitud se organice en pequeños grupos de cien y de cincuenta y repártanles el pan y los peces. Y los discípulos entraron a repartir y dicen que alcanzó para todos e incluso sobró.

Por qué comparo estos dos relatos? Porque en el fondo son dos banquetes, uno es el banquete del poder que se celebra en el palacio donde están reunidos los jefes económicos, los jefes militares y los jefes políticos. Donde el poder se celebra a sí mismo en su fiesta de cumpleaños y donde la lascivia del deseo, ignorando lo que le pasa al pueblo, le ofrece la mitad del reino a alguien porque supo bailar bien y terminó decapitando la voz popular.

El otro banquete no tiene lugar en el palacio sino en el desierto. Con un pueblo al cual Jesús encuentra como ovejas sin pastor, lo cual es una crítica al poder político y al poder religioso de su tiempo, que serían los que tendrían que pastorear a este pueblo. A este pueblo en primer lugar les enseña, es decir los considera sujetos dignos, capaces de aprender, de pensar, de decidir. De ahí que se toma el tiempo de enseñar y luego cuando llega el momento de alimentarlos, frente a la propuesta de los discípulos que los quieren alimentar dentro de las corrientes del mercado, que cada uno vaya y compre lo que necesita, les dice no, les proveemos nosotros. Y para proveerlos lo primero que hace es organizarlos, hacerlos sentar en grupos de a cien y de a cincuenta y a partir de los propios recursos responder al llamado laocrático. Curiosamente los tres elementos que aparecen es que Jesús sanó, enseñó y dió de comer.

Donde la democracia no pudo ni educar, ni sanar, ni dar de comer, la laocracia del tiempo mesiánico, digo así, la respuesta que dió fue con estos tres elementos, pero Jesús es Jesús. Después Herodes termina finalmente matando también a

Jesús, participando junto con Pilatos en la muerte de Jesús. Vuelve el tiempo normal.

Pero quedó sembrada una semilla de esperanza, una semilla de renovación. Lo que llamamos la capacidad de resucitar, que hizo que una y otra vez estos tiempos normales puedan volver a ser quebrados por los tiempos laocráticos y sus demandas, que movilizan, que dinamizan. Que finalmente no logran establecerse totalmente porque sino ya estaríamos en el Reino de Dios. Pero que sí van generando una tensión de la demanda del pueblo, que en determinados momentos hacen estallar los tiempos políticos normales.

Creo que este es el lugar de los movimientos sociales: mantener viva esa demanda laocrática. Esa fuerza de decir: la política normal no alcanza. Porque hay una demanda continuamente insatisfecha y esa demanda tiene sentido. Esa demanda alcanza ocasionales victorias, se impone y aunque después haya retrocesos y vuelvan a los tiempos normales, sin embargo ha quedado asentada, ha quedado establecida como una demanda que no puede ser acallada.

En mi lectura teológica estas son irrupciones de lo absoluto. De lo absoluto parcial, de la paradoja de que lo absoluto se presenta en un ser vulnerable, pero son justamente estos seres vulnerables los que levantan la demanda. La perspicacia política es saber cómo operar en los tiempos normales y cómo operar en los tiempos mesiánicos. Cómo operar en medio de las democracias de los tiempos normales, en donde las fuerzas políticas se manejan, y la tentación a veces de los cristianos es decir: como estos no son tiempos mesiánicos no me ensucio las manos. O por el contrario como los tiempos laocráticos aparecen cuando dios y el pueblo quieren y no cuando a mí me gusta, me entronco en los tiempos normales y me olvido. Entonces la religión quiere gobernar como si fuera la enviada de dios en tiempos normales e imponer una legislación religiosa en el ámbito secular.

Creo que tenemos que vivir constantemente esta dificultad, esta tensión, esta ambigüedad: de que **somos anunciadores de tiempos mesiánicos, de reclamos laocráticos y a la vez gestores de tiempos normales.**

Y tenemos que participar en la política de los tiempos normales, con los recursos que existen en la sociedad normal. Con las luchas y las pequeñas y grandes traiciones, desencuentros, ambigüedades con las cuales vivimos. Sin renunciar a que eventualmente también somos parte del reclamo laocrático, del anuncio de los tiempos mesiánicos de los tiempos concentrados y saber entonces rescatar la memoria de esos tiempos laocráticos. Para desde allí reconstruir, dinamizar, dar mayor participación en el mundo de la política cotidiana, en el cual tarde o temprano volvemos a caer.

No olvidemos el episodio donde fue posible una vez, por un rato, organizar al pueblo, enseñarle y repartirle el pan gratuitamente.

No fue todos los días, pero ese ejemplo ha quedado sembrado para que no renunciemos a la esperanza. Para que no renunciemos a la misión, aunque tengamos que participar hoy en día en esta mayor dificultad de discernir en medio de las ambigüedades de lo político.

1er. ENCUENTRO de CRISTIANOS en la POLITICA

Córdoba, 2 y 3 de Agosto de 2007

En el marco del Encuentro Angelelli se reunieron en las primeras jornadas de articulación política 28 compañeros y compañeras del Grupo Juan 23 de Santa Fe, de la CTA Nacional y de Río Cuarto, de Misiones, Rosario y de Moreno (Bs. As.).

El encuentro, realizado en la Casa Angelelli, sirvió para intercambiar experiencias y debatir cómo se puede trabajar en el futuro de modo conjunto, compartiendo espacios de formación y de práctica política.

Nuestro compañero Gustavo Gómez (foto), en la bienvenida a los participantes, presentó esas propuestas.

La idea de este espacio es discutir sobre nuestra experiencia política. Discutir y debatir su eficacia. Para que también reflexionemos y revisemos nuestros métodos de construcción y hagamos un replanteo de nuestras alianzas. Hemos avanzado! Pero aún la brecha entre los que más tienen y los más pobres es cada día más grande. No se distribuye la riqueza. Se muere de hambre a cada minuto en nuestro país. El pobre no está al centro de la mesa. Toda nuestra teología nacida de la práctica, se hace añicos ante la desnutrición y la miseria. No tememos poner en discusión nuestra eficacia. Pero por sobre todo animémosnos a soñar una articulación.

Articular es una manera también de promover el compromiso para aportar y construir alternativas políticas. Tras ellas nos imaginamos la construcción de un proyecto de país. Nuevamente dejémosnos invadir por el entusiasmo, puede este ser un momento propicio para avanzar en la construcción de un sentido para la esperanza contra toda esperanza que tiene nuestro pueblo. Animémosnos a soñar en la creación de nuevos espacios de participación. Hagamos el esfuerzo de ver nuevos horizontes de articulación. **Gustavo Gómez / CTL**



Articulación y construcción política

Carlos Di Marco

En cuarenta años de militante de la iglesia al lado de los pobres nunca me afilié a un partido político y desde el año pasado empecé a entender que además de la protesta es lindo estar en la oposición. Hay que empezar a construir propuestas y esas propuestas, que hoy son el programa del Frente por la Dignidad 29 de Octubre, lo construimos más de 45 organizaciones, donde están compañeros dirigentes del CTA, de la CCC, iglesias de hermanos evangélicos como los del Río de la Plata y comunidades cristianas. En esta construcción también están los hermanos yerbateros, todos esos compañeros forman parte de nuestro glorioso movimiento social. En febrero Víctor de Gennaro nos visitó y nos alentó, ahí empezamos a trazar la línea de lo que hoy es programa de gobierno y plataforma del Frente por la Dignidad 29 de Octubre. Trabajadores ocupados, docentes, desocupados, iglesias, comunidades cristianas, dijimos tenemos que ser capaces de empezar a construir fuerza, poder para que cada uno de los reclamos sectoriales no se pierda. El enemigo nos derrota y nos destruye porque no somos capaces de construir colectivamente. El 24 de febrero del 2007 dijimos hay que construir organización y decidimos construir el programa. Decidimos no delegar más la representación política, sino ejercerla y construir la herramienta electoral. Todo bien, hasta que dijimos que si queremos ser poder tiene que ser más amplio nuestro frente. Y empezaron las discusiones, que si vamos con los radicales no, si vamos con este sector del peronismo no... Hasta que el camarada Restituto del

PC, ofreció su partido para que el movimiento social construya el frente, junto a otro sector del peronismo que se llama Partido de la Justicia Social, donde está mi compañero de fórmula Adolfo Velásquez, del gremio de los camioneros.

En esta construcción, yo que vengo de una iglesia que no nos forma para hacer política, con los profesionales de la política estamos alfabetizándonos. Nosotros somos bárbaros para organizar a los campesinos sin tierra, donde una sola de las organizaciones la Comisión Central de Tierras tiene 500 asociados. Nosotros somos bárbaros para los cortes de ruta, para tomar la legislatura y forzar la ley 4093 que hace tres años el gobierno de Rovira no cumple, pero no sabemos contruir políticamente. Es mentira que no hay reforma agraria hoy en la Argentina, se está haciendo pero es para los grandes grupos económicos, los sojeros, o los que plantan pinos. Pero no es la que el pueblo argentino quiere o el pueblo misionero. Por eso el primer punto del movimiento social misionero plantea la distribución de la riqueza. Y sólo va a ser posible llegar al gobierno y gobernar junto a esas 45 organizaciones, dándole fuerza al nuevo gobierno, con movilización permanente.-

